

Por un incomprensible misterio las geniales intuiciones (puras expresiones racionales, desprovistas de experimentación instrumental científica) de nuestro SENECA no tuvieron ningún eco ni seguimiento por los sabios oficiales del medievo ni del Renacimiento. Así, los cometas seguían siendo, en 1572, exhalaciones cálidas y secas de la tierra, algo del mundo sublunar que tenía mucho que ver con fenómenos meteorológicos, como la lluvia, el arco iris, las auroras boreales, las estrellas fugaces y los terremotos, y algo absolutamente inficionado por la seudociencia astrológica.

Desde el nacimiento de la imprenta, las apariciones de cometas tuvieron abundante prensa. Cien años antes del fenómeno de 1572 ya se había publicado por la imprenta la primera obra comética (25).

Del dogma de la incorruptibilidad de los cielos —tan científico como religioso— se deducía que los cometas, que aparecían y desaparecían y transitaban por los espacios, no eran verdaderos cuerpos celestes, puesto que eran sólo, repetimos, exhalaciones cálidas en la esfera del fuego, que estaba entre la tierra y la luna, mientras que las estrellas, cuerpos celestes, inmóviles, estaban fijadas en la bóveda celestial, más allá del orbe o esfera de Saturno, mucho más allá, pues, de estos otros cuerpos, estrellas errantes o planetas —que no otra cosa quiere decir la palabra en griego— que giraban en torno de la tierra, centro del universo.

Cuando aparece en 1572 el astro brillantísimo, los sabios y los astrólogos no pudieron aceptar *a priori* que fuese una estrella, porque las estrellas no podían nacer (aparecer) ni morir (desaparecer), según la ciencia académica, que era la astronomía y filosofía aristotélico-escolástica.

“Será un cometa inmóvil”, adelantan los expertos. Y los astrólogos se aplican a sus vaticinios cométicos. Pero el siglo XVI es época de audacias intelectuales (Nicolás COPERNICO, ese “astrólogo advenedizo”, según Martín LUTERO, ya había aparecido en escena) y a los astros empieza a mirárseles con algunos instrumentos (no, por supuesto, con telescopios, que no fueron inventados —por el catalán Joan ROGET— hasta los años 1580-90).

El maestro BARRIENTOS, catedrático de Salamanca, observa el maravilloso fenómeno celeste de noviembre de 1572 y escribe un libro, que publica en 1573, sobre la explicación y predicción de los cometas (26). En la licencia del libro (del 17 de julio de 1573) se dice que “era muy útil e provechoso a la república, en el qual tratava en general, y particularmente de Significatione & predictione cometarum, y tambien desta Cometa que avia seys meses que parecio” (27). De sus 24 capítulos, el 17 trata “De huius nostrae aetatis Cometac consideratione”, es decir, estudia en concreto el fenómeno celeste visible en 1573, que queda definido y

(25) A. CATO, *De Cometa anni 1472*: Neapoli, 1472. De tan preciado incunable hay un ejemplar en la Bib. Universitaria de Valladolid.

(26) B. BARRIENTOS, *Cometarum explicatio atque praedictio, liberarium artium Magistro — authore...*, Salmanticac, 1574.

(27) *Ibidem*, fol. (II).

(28) *Ibidem*, fols. 49-51v.